



ANA CAIRO y *el patrimonio de la imaginación*

INCANSABLE ESTUDIOSA DE LOS INTERSTICIOS DE LA CULTURA Y HEREDERA DE UNA CENTENARIA TRADICIÓN INTELLECTUAL, HA FORMADO VARIAS GENERACIONES DE ALUMNOS TRATANDO DE QUE PUEDAN ENTENDER LA UNIVERSALIDAD A PARTIR DE LA MÁS ACENDRADA CUBANÍA.

por **RODOLFO ZAMORA RIELO**

Cualquier espacio es propicio para contar una historia; sobre todo si ésta pervive a la espera de un pretexto para revelarse. A veces la cotidianidad esconde los detalles, haciendo invisibles las trazas de los años y las huellas de sus vicisitudes. Eso era precisamente lo que debía encontrar en la entrevista a la doctora Ana Cairo Ballester. A pesar de su verbo grácil e ilustrado, abordar los resquicios de su vida y de su obra se puede convertir en todo un riesgo. Desde el inicio me debatía entre estilos, interrogantes y facetas, pero los días pasaron demasiado rápidos para alguien que —como yo— había desechado más de una decena de cuestionarios.

Entonces, la profesora volvió a impartir una clase magistral, de ésas en las que la sencillez no riñe con la originalidad, en las que se vislumbra la esencia con un gesto y el esplendor con un guiño. El diálogo no tuvo escenarios predeterminados. Sin embargo, con la parsimonia propia de la sabiduría, me guió hacia un lugar entrañable: alrededor de la antigua mesa de Vicentina Antuña, al pie de aquel acantilado de libros, oloroso a caoba, donde genera ensayos, planifica conferencias y modela, con encanto y firmeza, el futuro de sus alumnos; donde esculpe y atesora, contra todo tipo de dogmatismos, el patrimonio de la imaginación.

Doctora, hábleme de sus primeros años...

Siempre me ha gustado leer; desde niña he sido una gran lectora. No provengo de una familia de intelectuales. Mi padre —mecánico— y mi madre —ama de casa— se preocuparon porque adquiriera ese hábito. Me gusta saber de múltiples materias y cada día más ... creo que así será hasta el día en que muera.

La enseñanza primaria la hice en la escuela pública no. 128 «Felipe Poey». La secundaria básica la realicé

en dos centros. En séptimo grado, por el año 1962, decidí irme a recoger café en Gran Tierra, Baracoa, actual provincia de Guantánamo. Allí me sorprendió la Crisis de Octubre. Cuando terminaba el noveno grado, me presenté a las pruebas psicométricas del Instituto Preuniversitario Especial «Raúl Cepero Bonilla» y las aprobé. En 1964 ingresé en esa institución que recibía alumnos de todo el país. Las procedencias sociales eran muy variadas. Algunos disfrutaban de un altísimo nivel de vida y otros, como yo, pertenecíamos a familias pobres.

En el Preuniversitario Especial «Cepero Bonilla» había una gran exigencia cualitativa en cuanto a los resultados docentes. Tenías que aprender a estudiar con gran disciplina y la máxima creatividad. Aprendimos a ser muy solidarios, a valorar los tesoros de las amistades sinceras, que han alcanzado más de 45 años.

¿Cuándo ingresó en la Universidad de La Habana?

En octubre de 1967 llegué a la Escuela de Letras, Facultad de Humanidades, de la Universidad de La Habana. Matriculé la carrera de Lengua y Literatura Francesas, pues traía un nivel básico en ese idioma. En los dos primeros años, los estudiantes de todas las especialidades dábamos las mismas asignaturas. Al comenzar el tercero, me trasladé para Lengua y Literatura Hispánicas, donde me gradué en diciembre de 1972.

¿Cómo era aprender en la Escuela de Letras con un claustro profesoral en el que confluían intelectuales de la talla de Vicentina Antuña, Rosario Novoa, Camila Henríquez Ureña, José Antonio Portuondo, Roberto Fernández Retamar, Mirta Aguirre, Isabel Monal, Graziella Pogolotti, Beatriz Maggi, Ofelia García Cortiñas, entre otros...?



Arriba: Homenaje al poeta Roberto Friol (segundo de izquierda a derecha) en la Biblioteca Nacional. Junto a Ana Cairo, participan también Cintio Vitier y Ramón de Armas.

Abajo: En una de las sesiones del Primer Fórum de Literatura cubana, celebrado en el Palacio de las Convenciones entre el 13 y el 15 de octubre de 1983. A su lado, las también profesoras de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana: Denia García Ronda e Iraida Rodríguez.

El claustro profesoral de la Escuela de Letras y de Arte se conformaba por intelectuales de diferentes generaciones con prestigio nacional e internacional. Practicaban como norma el máximo respeto. Ninguno interfería en el trabajo de los otros. Una parte del claustro, además, laboraba en otras instituciones culturales.

Mi Escuela de Letras, entre 1967 y 1972, era vista como un centro cultural de excelencia, heredero de los tiempos de Pericles, el famoso político griego.

Vicentina Antuña —la directora de la escuela— fue mi profesora de Latín por cuatro semestres. Ella solía interactuar con los más disímiles saberes. Podía hablar de Julio César o de Augusto, de las citas latinas escritas en el Cementerio de Colón y en los edificios habaneros, así como tratar temas de la novela policíaca o de la política

y cultura cubanas de ese momento. Tenía un gran sentido del humor. Antes de los exámenes, nosotros le escribíamos en la pizarra: «*Ave, Vicentina, morituri te salutant*», o sea, «Salud, Vicentina, los que van a morir te saludan». Y ella se reía con gusto. Comentaba la frase, corregía nuestros errores y dictaba sonriente. La revisión de los exámenes era un jolgorio.

Ofelia García Cortiñas nos demostraba que no era posible descuidarse con la Gramática Española. Isabel Monal impartía una Filosofía Marxista muy actualizada. Te obligaba a revisar la Historia de la Filosofía Occidental y a leer directamente de los autores. No recomendaba los manuales. Mirta Aguirre te enseñaba a entender los recursos poéticos, que desarrollan las capacidades analógicas. Por aquellos años, reescribía su curso de Lirica Hispánica para transformarlo en libro. Sorprendía, porque pasaba de la lectura de una de sus conferencias a la brillante improvisación sobre tópicos culturales y políticos. También incorporaba sus recuerdos como estudiante antimachadista en La Habana y en México. Y siempre derrochaba buen humor.

Los profesores de la Escuela de Letras eran —y son, los que aún viven— verdaderos humanistas revolucionarios. Les agradezco haberme inculcado la pasión de la curiosidad infinita; haberme acostumbrado a respetar todas las diversidades; ha-

berme entrenado en los análisis sistémicos y en una perspectiva ecuménica. Ninguno se anquilosaba; ellos aspiraban a seguir problematizando incluso lo que ya sabían. Eran, y son, cubanos universales, orgullosos de acrecentar una tradición cultural que estructuraron los criollos desde mediados del siglo XVIII.

La historia de la intelectualidad —primero, criolla, y después, cubana— me sigue interesando, porque en mi Escuela de Letras entendí por qué había que dignificarla con estudios cada vez más precisos y mejores.

En 1975, usted obtuvo el premio 26 de Julio por su ensayo El Movimiento de Veteranos y Patriotas, su primer libro. ¿Qué la hizo adentrarse en un tema tan sui géneris?

A finales de 1970 comencé a entrenarme como estudiante-investigadora. El plan de estudios incluía prácticas laborales sistemáticas que podían ser hasta de 20 horas semanales. Por mis habilidades y vocación, me asignaron a tareas investigativas. Trabajé con doña Camila Henríquez Ureña. Ella me impartió un curso monográfico sobre Benito Pérez Galdós, pero sus intereses de entonces estaban en las literaturas dominicana y puertorriqueña. Me encomendó buscarle información sobre los escritores boricuas. Yo debía revisar en las distintas bibliotecas y elaborar fichas. Cuando se las entregaba, conversábamos; yo debía evidenciar que había aprovechado el tiempo para investigar. Doña Camila pudo regresar a República Dominicana a visitar a sus familiares. Se suponía que iba a estar fuera alrededor de un año, pero desgraciadamente falleció.

Me enviaron al Centro de Investigaciones Literarias (CIL) de la Casa de las Américas. Allí estuve haciendo fichas sobre narradores haitianos. Después me concentré en escritores cubanos del siglo XX, los cuales debían ser incluidos en un proyecto de diccionario latinoamericano, que, finalmente, se interrumpió. Entonces, por intermedio de Roberto Fernández Retamar, conversé con Juan Marinello, quien, con su generosidad habitual, aclaró numerosos detalles biográficos en torno a otros intelectuales que habían sido sus amigos o él había tratado.

Permanecí en el CIL hasta mi graduación, en diciembre de 1972. En cumplimiento del Servicio Social me ubicaron en la Universidad de La Habana. En enero de 1973 me incorporé al Grupo de Estudios Cubanos, adscrito a la Facultad de Humanidades. Ramón de Armas lo dirigía. Con el mismo estatus había un grupo de estudios sobre religión, que coordinaba Aurelio Alonso. Eduardo Torres-Cuevas lo integraba. Armando Entralgo estructuraba uno sobre los pueblos africanos y asiáticos.

El Grupo de Estudios Cubanos fue el que más duró. Se disolvió en julio de 1976, al desaparecer la Facultad

de Humanidades, como parte de la gran reestructuración de la vida universitaria. El grupo significó para mí una posibilidad insólita de estudios avanzados. Era interdisciplinario y en sus labores participaban personalidades del claustro universitario y de otras instituciones. Juan Pérez de la Riva, Fernando Portuondo, Carlos del Toro (todos fallecidos) podrían ilustrar las tendencias historiográficas que dialogaban en nuestras reuniones. Por las dinámicas laborales, en enero de 1973, era la joven inexperta bien acogida por las personalidades del grupo. Tuve que esforzarme y trabajar muy duro. Desde finales de 1974 hasta su extinción, tuve que asumir la coordinación del grupo y enfrentar retos editoriales bastante complicados.

Su obra El Grupo Minorista y su tiempo, publicada en 1978, es de obligada referencia para el estudio de aquella generación. Vista desde la distancia, sorprende que usted haya conseguido una monografía tan valiosa con apenas unos años de graduada.

Como joven investigadora del Grupo de Estudios Cubanos, elegí una monografía sobre los integrantes del Grupo Minorista, al que habían pertenecido Rubén Martínez Villena, Emilio Roig de Leuchsenring, Jorge Mañach, Alejo Carpentier, entre otros. Por fortuna, pude trabajar con Marinello, José Zacarías Tallet y Luis Gómez-Wangüemert, quienes se entusiasmaron con la idea de un futuro libro, al igual que otros intelectuales amigos de ellos, como Raúl Roa y Enrique de la Osa.

Por necesidades de la investigación sobre el Grupo Minorista, comencé a realizar de modo paralelo la del Movimiento de Veteranos y Patriotas. Escribí, primero, la última versión sobre el segundo tema y la envié al Concurso 26 de Julio. Para mi sorpresa, gané el Premio de Ensayo y se publicó en 1976, cuando yo andaba redactando la versión definitiva de *El Grupo Minorista y su tiempo* (1978). Años después, conversando con don José Luciano Franco en el Archivo Nacional, entendí mejor las razones de aquel premio, y era porque Franco —quien presidía el jurado— había conocido a «veteranistas» y, lógicamente, le había interesado mi texto.

En 1977, Ramón de Armas y Eduardo Torres-Cuevas me pidieron que me integrara para conformar un trío solidario en cuanto a vencer los múltiples obstáculos asociados a la *Historia de la Universidad de La Habana* (dos tomos, 1984). En enero de 1978, el centro cumpliría 250 años de fundado y era imprescindible redactar una monografía. En principio debía ocuparme de la reforma universitaria, tema que ya había abordado en *El Movimiento...* Al profundizar en la investigación se tornó obvio que me tocaba examinar la historia desde enero de 1952 hasta enero de 1978, sin dejar de ocuparme de los movimientos de reforma.

Siempre me ha interesado mucho la personalidad de Emilito, incluso pienso dedicarle un Imaginario (...) pues se lo merece. Creo que es una figura de la cual todavía no se han develado todas sus potencialidades y de la que hay mucho que aprender. Sobre todo de cómo hacer cultura utilizando los recursos que están a mano.

Historia de la Universidad de La Habana fue una aventura investigativa fascinante. Sus derivaciones todavía me acompañan. Lo que escribió Ramón ya es intocable. Eduardo sigue trabajando en problemáticas que complementarán sus análisis sobre el siglo XX. Todavía no he decidido si aceptaré el desafío de replantearme el período entre 1959 y 2000; aunque estoy convencida de que sería una odisea cognoscitiva la asunción de dicha encomienda, que es una necesidad social.

A grandes rasgos, ¿qué valores destacaría de ese grupo de jóvenes intelectuales en plena formación, que, sin embargo, dejó una huella indeleble en la cultura cubana?

El Grupo Minorista constituye un salto cualitativo en una tradición que viene del siglo XIX. Hacia 1829, según un artículo que publica Domingo del Monte, ya se habla de tertulias en los cafés y lugares públicos. En la última década de esa centuria, las redacciones periodísticas, como *El Figaro* y *La Habana Elegante*, se convirtieron en espacios para reuniones de este tipo. En primer término, se caracterizaban por su informalidad, pues surgían en forma espontánea, de acuerdo a los diversos intereses de sus participantes, así como a los vínculos familiares o amistosos que los unían. Estas formas de afinidad generaban espacios de discusión, de intercambio. Con esto quiero decir que los futuros minoristas se reunían como se habían reunido sus antecesores. Hacían tertulias en cafés asociados a teatros como el Martí, en el Louvre... y otros.

El día que ellos deciden emprender lo que posteriormente se ha llamado la Protesta de los 13, estaban celebrando un éxito teatral de Guillermo Martínez

Márquez. Allí se habla del decreto del presidente Alfredo Zayas en relación con la compra del Convento de Santa Clara, el cual había sido firmado por el secretario de Justicia Erasmo Regüíferos.

Sencillamente, del almuerzo salió un grupo al homenaje que se le tributaría a la educadora uruguaya Paulina Luisi en la otrora Academia de Ciencias. Allí se encontraron con Regüíferos y, como éste era uno de los firmantes del decreto, le hicieron una protesta pública. Después se dirigieron a la redacción del periódico *El Heraldo de Cuba* para denunciar el suceso. Muchos de los participantes en ese acto de protesta cívica —entre ellos, Rubén— conformarían después el Grupo Minorista.

En un principio, yo estudié a sus figuras más trascendentes: Rubén, Carpentier, Roig, Marinello, Mañach... y en lo adelante me acerqué al resto, pues, además de estudiar al Grupo, debía acercarme a cada uno de ellos. Esto me permitió tener una visión de cada individualidad, de sus problemas, de sus contradicciones, y entender cuál era el lugar que ocupaba dentro del colectivo.

Carpentier —por ejemplo— era el más joven de todos, el benjamín al que había que ayudar a desarrollarse. Yo le pregunté a muchos minoristas cómo veían a los demás, para que me dieran su imagen del otro, y todos coincidían en recordar a Carpentier como «el muchacho».

¿Cómo definiría a Emilio Roig de Leuchsenring?

Roig es una de las más grandes personalidades de la historia y la cultura cubanas. Trabajó en dos esferas muy importantes: la construcción de opinión pública desde el periodismo y la radio, y la fundación de instituciones para emprender proyectos culturales. En ambas demostró una vocación política, pero no como acción directa —Emilito no militó en ningún partido—, sino que hizo política a través de la cultura, cuyas matrices son específicas.

Emilito era una especie de agencia de información. Él se interesó mucho por los temas internacionales, a los que les otorgó un enfoque jurídico; por eso es uno de los fundadores del Derecho Internacional moderno en Cuba; incluso creó una sociedad de estudios sobre esa rama jurídica.

Era un periodista que tenía muchos contactos, en Cuba y en el extranjero. Mucha gente lo venía a ver a las redacciones de *Carteles* y *Social*, donde se celebraban tertulias. Eso le permitió contar con una red de información muy eficaz, así como un excelente nivel de relaciones con la prensa latinoamericana. Gracias a esa red, Emilito es el primero en el país que conoce sobre José Carlos Mariátegui. Recibe a José Ingenieros; se escribe con Federico Hernández y Carvajal, el amigo de Martí, de quien publicó muchos textos.

A Roig lo leían mucho. Igual podía escribir sobre Martí, sobre el Derecho Internacional, sobre la historia de La Habana, sobre temas costumbristas... que podía opinar sobre los problemas de la Universidad y del movimiento obrero. Practicó ese tipo de periodismo hasta finales de los años 50. Era un verdadero constructor de opinión pública.

A él le gustaba trabajar rodeado de jóvenes, de enseñarlos a construir ideas. Nombrado Historiador de la Ciudad en 1935, un año después organizó un curso radial de Historia de Cuba que —transmitido por la Universidad del Aire entre octubre de 1936 y febrero de 1937— aunó a intelectuales de todas las generaciones como Fernando Ortiz, José Antonio Portuondo, José Luciano Franco, Nicolás Guillén, Ángel Augier, Carlos Rafael Rodríguez... Estas conferencias fueron luego publicadas en la colección «Cuadernos de Historia Habanera».

Consigue fundar la Oficina del Historiador de la Ciudad gracias a su labor previa como trabajador municipal. Había logrado convencer a los alcaldes de La Habana —algo que todavía está por estudiar— para que se destinaran fondos presupuestarios del Ayuntamiento a los asuntos culturales e históricos. Esa gestión no se limitó sólo a la capital, sino que se irradió a otras ciudades del país, donde organizó trece ediciones del Congreso Nacional de Historia, que se celebraron por iniciativa suya a partir de 1942 hasta 1955.

Siempre he pensado que una de las grandes hazañas de la producción cultural cubana es la cantidad de publicaciones que dirigió Roig desde la Oficina del Historiador de la Ciudad. Otra decisión suya fue fundar la Sociedad «Amigos de la Biblioteca Nacional» ante el lamentable estado en que se encontraban sus fondos bibliográficos y la cada vez mayor apatía gubernamental. En esa misma dirección, consiguió crear la Biblioteca Histórica Cubana y Americana en un espacio del Palacio Municipal, para lo cual puso sus libros personales a disposición de los lectores. Se confeccionó un catálogo y un sistema de préstamos realmente singular. De modo que su idea fue secundada por muchos bibliófilos, entre ellos Francisco González del Valle, quien dejó en su tes-



Junto a la eminente profesora Rosario Novoa en la Facultad de Artes y Letras.

tamento literario todos los libros cubanos y sobre Cuba de su propiedad a la nueva biblioteca pública. Por eso, en 1944 se acordó darle su nombre.

Asimismo Roig promovió la celebración de efemérides continentales. Gracias a su iniciativa —por citar un ejemplo— en 1939 se celebró el centenario del prócer boricua Eugenio María de Hostos.

Siempre me ha interesado mucho la personalidad de Emilito, incluso pienso dedicarle un *Imaginario* —colección que inicié con la figura de Raúl Roa, y que continúo con Eduardo Chibás y con Villena—, pues se lo merece. Creo que es una figura de la cual todavía no se han develado todas sus potencialidades y de la que hay mucho que aprender. Sobre todo de cómo hacer cultura utilizando los recursos que están a mano.

Digamos que el trabajo de creatividad social que Eusebio Leal lleva a cabo en el Centro Histórico se articula mucho con la concepción de Roig, en tanto ambos emprendieron empresas culturales muy difíciles de conseguir. Cada uno en su momento histórico, por supuesto.



Arriba: Durante una visita a las Cataratas del Niágara en marzo de 2000.

Abajo: Asistentes al Congreso «José Martí y las culturas hispánicas», celebrado en Nueva York en mayo de 1992. En primer plano: Pedro Pablo Rodríguez, y detrás de él, Ibrahim Hidalgo.

Junto a Ana Cairo: Rafael Cepeda (a su derecha) y Evelyn Picon Garfield e Ivan Shulmann.

La mayoría de los minoristas participaron en la lucha contra la dictadura de Machado y promovieron la Revolución de 1930. ¿Qué aconsejaría a los jóvenes historiadores que se propongan abordar aquellos sucesos?

Toda revolución implica obligatoriamente cambios, y, como consecuencia de los sucesos de 1930, tuvieron lugar transformaciones sustanciales en la sociedad republicana. Por ejemplo: se logró abolir la Enmienda Platt, lo cual resultó determinante en el trazado de la sociedad neocolonial. No es igual el año 1902 que el de 1934. Los cambios que generó la Revolución del 30 determinaron las coordenadas por las que se regiría la Constitución de 1940. Eso muchas veces se subvalora.

Ahora, todas las revoluciones tienen sus límites históricos, cosa que también

se nos olvida. Toda revolución llega hasta un punto de cambio social, a partir del cual se generan nuevas coordenadas que deberán tener nuevos tipos de soluciones. Por lo tanto, la Revolución del 30 llegó hasta donde pudo, dejando proyectos inconclusos y alternativas que sirvieron después de soporte a la revolución que se gestó en los años 50. Si los debates acerca del latifundio no se hubieran dado desde los años 30, no se hubieran expresado en la Constitución del 40, y la Revolución de 1959 no hubiera tenido basamento jurídico para la Primera Ley de Reforma Agraria, que emitió en mayo de 1959.

Esto se puede ver en la evolución del pensamiento de algunos de sus protagonistas. Por ejemplo, en su recopilación de textos *La Revolución del 30 se fue a bolina*, Raúl Roa va articulando un sistema de ideas que responden a las distintas condiciones que se van dando en la época. Por eso dice, con mucha razón, en su «Reacción vs Revolución», que las nuevas fuerzas políticas están tratando de articular un proyecto. Ellos sabían, desde Machado, que el cambio no lo podían hacer solos, sin apoyo, sin alguna articulación política y social. Comprendían que nadie tenía toda la verdad en la mano, sino que todo debía partir de una negociación y de un consenso. Por esa cuerda se desliza la necesidad de instrumentar una cultura del debate para unir los partidos de izquierda en una especie de frente amplio y llegar en bloque a la Constitución del 40.

Entre las cosas positivas que debemos tomar del proceso de los años 30 es el concepto de la sociedad como una construcción. Quiero decir: hay que evitar una idea maniquea de la sociedad cubana y procurar una imagen dialéctica.

Desde 2003 usted ha generado libros sobre facetas poco estudiadas e incluso inéditas de figuras trascendentales como Mella, Roa, Guiteras... ¿Cree que ha llegado el momento de tener una «imagen dialéctica» —para decirlo con sus propias palabras— de ellos como individuos y su papel en la historia de Cuba?

Estos libros forman parte del proceso de validación y legitimación de la Revolución del 30. Los debates sobre sus figuras

más representativas comenzaron desde hace muchos años. En el libro sobre Mella se pueden ver algunos textos de aquellas primeras discusiones y paneles de los años 60, que luego se fueron amortiguando a partir de los 70, cuando se cambió la mirada y se sustentaron imágenes únicas, teleológicas, como una tendencia que formó parte de nuestra realidad. Por lo tanto, lo que trato es de abrir el camino a nuevas reaperturas. Pero para eso lo primero que hay que hacer es recuperar la información.

Estos libros que mencionas tienen como objetivo poner a disposición documentos poco conocidos, materiales inéditos, para que el lector se percate de que no hay una sola verdad, que la sociedad cubana no se puede ver con ópticas maniqueístas.

Al igual que en los siglos XVIII, XIX y XX, la sociedad cubana tiene que debatir sus problemas en el siglo XXI. Cada quien tiene que ir construyendo su propia verdad a partir de la mayor cantidad de elementos posibles. Yo no creo en el pensamiento único; creo que hay que librar una batalla contra el pensamiento único en todos lados, no sólo en los modelos neoliberales. Eso es lo que sostengo.

En cualquier parte la gente tiene que tener derecho a conformarse su opinión, pero para eso necesita información. Eso es lo que hemos tratado de dar: información para fundamentar puntos de vista.

Estoy contra todo tipo de dogmatismo y a favor del patrimonio de la imaginación. Se tiene que aprender a respetar los puntos de vista ajenos. Lo que hay que hacer es preparar a la gente para que se forme su propia opinión; no se trata de inducir criterios, sino entregarle información a las personas, además de estrategias, para procesarla.

También trato de subrayar las facetas más humanas de esos héroes, porque son seres humanos y el amor, la amistad, los problemas familiares... influyen en las personas. Los personajes históricos no son blancos y negros; precisamente por ese valor humano es que hay que verlos desde todas las dimensiones. Por ejemplo, por qué vamos a negar que en la huelga de marzo de 1930, cuando Rubén estaba escondido por el peligro de que Machado lo asesinara, su padre, Luciano Martínez, quien no compartía sus ideas pero que quería muchísimo a su hijo, buscó las vías para salvarle la vida. Habló con Carlos Manuel de Céspedes, «el Dinámico», secretario de Obras Públicas, muy amigo de Machado, y le pidió que intercediera para salvarle. Y por esa gestión Rubén puede salir de Cuba. Cualquier padre hubiera hecho lo mismo.

Usted imparte el curso monográfico sobre José Martí en la carrera de Letras y es conocida su autoridad en el tema. ¿Cómo surgió el interés por investigar la vida y la obra del Maestro?

Al igual que en los siglos XVIII, XIX y XX, la sociedad cubana tiene que debatir sus problemas en el siglo XXI. Cada quien tiene que ir construyendo su propia verdad a partir de la mayor cantidad de elementos posibles. Yo no creo en el pensamiento único; creo que hay que librar una batalla contra el pensamiento único en todos lados, no sólo en los modelos neoliberales. Eso es lo que sostengo.

Pertenecí al primer grupo de la Escuela de Letras que recibió el curso monográfico sobre José Martí que impartía Roberto Fernández Retamar. Como evaluación final del curso se debía hacer un trabajo y escogí el tema de las *Escenas Norteamericanas*. Eso me obligó a profundizar mucho; tuve que ir a trabajar a la Sala Martí de la Biblioteca Nacional, donde conocí a Cintio Vitier, Fina García Marruz, Teresa Proenza... y así entré en el mundo de los conocimientos martianos.

José Martí demuestra la universalidad de las culturas víctimas del colonialismo y de las de los procesos emancipatorios descolonizadores. Su figura ocupará un lugar cada vez más preponderante en la cultura de las Américas en diálogo con los otros continentes del sistema-mundo, como diría Immanuel Wallerstein.

Martí interactúa con Simón Bolívar. Su pensamiento podría dialogar con el de Mahatma Gandhi. Martí nos permite estudiar la tradición cubana, pues tiene plena conciencia de que pertenece a una comunidad intelectual. Cuando él se declara hijo de Rafael María Mendive, de José María Heredia, de Carlos Manuel de Céspedes, de Ignacio Agramonte... reconoce sus raíces cubanas, a la par que las latinoamericanas y universales, resumidas en Bolívar.

Los intelectuales cubanos, ya desde el siglo XVIII, piensan en el sistema-mundo; o sea, ven su realidad concreta, pero insertada en las coordenadas continentales y mundiales de su época. Martí consolida esa tradición intelectual cubana, pero también contribuye a la asunción de otras culturas que no eran tenidas en

cuenta, como las precolombinas. Cuando descubre en México la cultura de los mayas, los aztecas, los olmecas, los toltecas... y nos dice que eso también es nuestro, prefigura una América mestiza con raíces plurales. Cuando habla del indio, del negro, del mestizo... entiende a América como un crisol de pueblos y culturas.

Asimismo, para Martí hay otra América. Eso se ve cuando habla del diálogo entre los pueblos, unidos en un continente que posee dos modelos civilizatorios. Critica el proceso de formación del imperialismo norteamericano, pero insta a interactuar con esos universos culturales. A su vez, llega a admirar a Walt Whitman, a Emerson, a Longfellow... Así actualiza las coordenadas de la relación entre lo cubano y lo universal.

En 1965 Roberto Fernández Retamar publica *Martí en su tercer mundo*, en el cual aborda la universalidad del Maestro, que es la misma que Roig de Leuchsenring definiera en 1927 como antiimperialismo e internacionalismo latinoamericanista.

Martí fue también capaz de desarticular la esencia misma del racismo, cuando afirmó previsoramente: «No hay odio de razas porque no hay razas». A eso se refiere Fernando Ortiz en su artículo «Martí y las razas de librería», un texto escrito en 1945 que cuestiona el pensamiento racista a la luz de las últimas teorías antropológicas de ese momento. Allí Ortiz habla de la intuición poética martiana al condenar el racismo. En 1946, Ortiz publicó *El engaño de las razas*, una reflexión monumental contra todos los racismos y todos los fascismos en el mundo.

La fundación del Museo de la Ruta del Esclavo, con sede en el Castillo de San Severino, provincia de Matanzas, responde a ese legado martiano y, por añadidura, orticiano. Por lo que resulta trascendental que la UNESCO haya otorgado a Cuba la Medalla de la Diversidad Cultural, en tanto significa un reconocimiento a ese legado cubano de carácter universal.

En su obra Bembé para cimarrones (2005) usted aborda el tratamiento de la figura del cimarrón en el imaginario colonial y republicano. ¿Podría afirmarse que existen acápites todavía poco estudiados en lo referente a los componentes raciales de nuestra nación, así como acerca del fenómeno de la esclavitud?

Es un asunto muy complejo. Muchos piensan que el tema racial sólo tiene que ver con el componente africano, y no es así. Hay que comprender que el concepto de raza surge en el siglo XVI conjuntamente con la Conquista, como una variante de las teorías coloniales para justificar el derecho de los pueblos «civilizados» a dominar a los pueblos «bárbaros».

Así se pone de manifiesto durante la famosa polémica entre Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas, cuando este último defiende una teología católica

humanitaria que —al reconocer la igualdad genérica del ser humano— respeta la otredad cultural de los indios esclavos, mientras que el primero los considera inferiores, no civilizados, necesitados de una evangelización abusadora, explotadora y denigrante.

O sea, como diría Darcy Ribeiro: a partir de la Conquista se conformó una «sociedad nueva» que produjo fenómenos de interacción cultural (hay quienes le llaman cataclismo, hay quienes le llaman desencuentro...).

A mí me interesa la racialidad como elemento del proceso de conformación de la sociedad cubana. Esto supone un estudio de todas sus matrices: la aborigen, la europea, la africana, la asiática... El discurso racial merece un estudio plural y no verlo sólo desde la perspectiva del negro, porque los judíos, los chinos, los árabes... también fueron discriminados. A la hora de hablar del ajiaco cubano, como decía Ortiz en *Los factores humanos de la cubanidad* (1939), hay que tener en cuenta todos esos componentes.

Por otro lado, eso de pensar que los cimarrones fueron sólo los africanos es un disparate. Como digo en mi libro, el término «cimarrón» se usaba desde inicios del siglo XVI para designar a los fugitivos, pues muchos aborígenes escogieron esa alternativa y hasta muchos europeos que, por diversas razones, tenían necesidad de huir. De ahí que Carpentier, en su relato *El camino de Santiago* (1958), coloque un palenque de cimarrones donde hay representantes de todos los grupos marginados por el poder colonial.

El cimarronaje puede tomarse como referencia de cada momento histórico. En los orígenes de la colonia en Cuba, los cimarrones eran castigados como delincuentes, incluyendo su mutilación física y asesinato legal. Pero a fines del siglo XVIII, cuando ya se ha iniciado la expansión azucarera, Francisco de Arango y Parreño creó un reglamento en el que estaban previstos su confinamiento y persecución, pero se prohibía matarles, pues los esclavos eran un «capital».

Desde una perspectiva teológica y ética, el filósofo José Agustín Caballero había abordado sutilmente el asunto en su artículo «En defensa de los esclavos», que publica bajo seudónimo en el *Papel Periódico de La Habana* (5 y 8 de mayo de 1791). Su tesis política y cultural, que años más tarde retoma en un informe a la Sociedad Patriótica, es que si bien la esclavitud puede juzgarse como «la mayor maldad civil», su existencia debe asumirse como un mal necesario.

Es decir, hay una contradicción que se hace cada vez mayor a medida que crecen las simpatías por el abolicionismo, del cual Félix Varela fue su máximo exponente al considerar la erradicación de la esclavitud como una de las matrices del pensamiento político independentista. Discípulos suyos como Domingo del Monte vivieron en carne propia esa paradoja al tener que conciliar sus ideas abolicionistas con las ven-

tajas económicas de haber ingresado en el grupo de los hacendados esclavistas.

De hecho, es en el seno de la tertulia delmontina que comienza a asimilarse el cimarrón como sujeto cultural en el entorno colonial, específicamente a partir de la *Autobiografía* del poeta esclavo Juan Francisco Manzano, liberado gracias a una colecta pública promovida por Del Monte y José de la Luz y Caballero. Pero no será hasta bien entrado el siglo XX, en época de las vanguardias, que el cimarrón es dignificado y considerado orgullo de nuestra cultura. Por ejemplo, en la novela *Caniquí*, de José Antonio Ramos.

No es casual que la portada de mi libro sea el *Monumento al cimarrón*, de Alberto Lescay, erigido en la Loma de los Chivos, en el poblado de El Cobre, provincia de Santiago de Cuba; mientras que la imagen de contracubierta sea la litografía «El negro guardiero» (1853), de Juan Jorge Peoli, en la que —aseveraba Martí— está representado el taita Alejandro, del ingenio de su maestro Rafael María de Mendive.

Decía Luz y Caballero con mucha razón en sus *Aforismos* que el pecado de la esclavitud era un pecado para todos. Lo más negro de la sociedad esclavista no es el negro en sí, sino la conciencia de la culpa, porque toda la sociedad se inculca y participa de determinados criterios.

Yo quisiera alabar el trabajo de la Fundación Fernando Ortiz en ese sentido, pues desde 1996 realiza los mapas etnográficos de las inmigraciones hacia Cuba: francesa, árabe, hebrea, china, japonesa... Ahora acaba de publicarse un atlas de la presencia alemana en nuestro país; también un libro sobre los grupos de inmigrantes haitianos y jamaicanos, los cuales fueron discriminados no sólo por ser negros, sino por su lugar de procedencia.

En síntesis: el tema racial es muy complicado y requiere un estudio profundo a partir del patrimonio cultural heredado, como son las obras de Fernando Ortiz, Lydia Cabrera, Rómulo Lachatañeré, Emilio Roig..., además de una actualización metodológica a la luz de las nuevas teorías científicas. Digo esto último porque considero que en Cuba no se ha divulgado lo suficiente todo lo relacionado con el proyecto del mapa del genoma humano. A veces se oye hablar a algunas personas como si no



supieran que sus resultados son un golpe de muerte al discurso racista.

Precisamente en Bembé para cimarrones usted destaca: «Las interacciones se fundan sobre el estricto respeto a las diferencias y a la convicción de que en los estudios culturales e historiográficos todas las perspectivas deben evaluarse».

Yo sólo soy una intelectual cubana formada en el sistema-mundo. Para mí lo cubano es universalidad. Eso supone una necesidad de pensar nuestro país y de pensar el mundo. Yo trabajo la pluralidad de los puntos de vista, la multiplicación de las contradicciones, porque el ser humano se forma al ejercer el pensamiento, y éste no sólo lo ejercen los autores, sino que los receptores se convierten también en autores de ideas.

Hay que formar seres inquietos, vitalmente insatisfechos... Esta pretensión se mantiene desde el siglo XVIII, por lo que somos herederos de ella. Sólo que la herencia no implica la mimesis, sino apropiaciones críticas, rupturas y continuidades. El futuro reside en que cada quien construya desde su cabeza.

RODOLFO ZAMORA RIELO pertenece al equipo editorial de Opus Habana.

Ana Cairo Ballester (La Habana, 1949). Doctora en Ciencias Filológicas desde 1985. Profesora titular de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana. Entre sus libros se destacan *El Movimiento de Veteranos y Patriotas* (1976), *El Grupo Minorista* (1978), *Historia de la Universidad de La Habana* (1983, coautora) y *La Revolución del treinta en la narrativa y el testimonio cubanos* (1993). Ostenta la Distinción por la Cultura Nacional. En la foto, junto a su hijo, Carlos Enrique del Toro Cairo.